

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Alicia en el país de las maravillas: El conejo envía una factura (4/12)

Era el conejo blanco quien volvía trotando. Miraba a un lado y a otro como si hubiera perdido algo, y Alicia oyó que se decía a sí mismo:

—¡La duquesa! ¡La duquesa! ¡Oh, mis queridas patas! Me va a cortar la cabeza como a las ratas. ¿Dónde los habré perdido?

Alicia adivinó en seguida que buscaba el abanico y el par de guantes blancos de seda, y como buena muchacha que era, salió a buscarlos, pero no los encontró. Todas las cosas parecían haber cambiado desde su baño en la piscina; el gran pasillo con el mostrador de cristal y la pequeña puerta habían desaparecido. Pronto el conejo vio a Alicia y la llamó:

—Ana, ¿qué haces aquí? Corre a casa y tráeme un par de guantes y un abanico. ¡Rápido, ahora! —y Alicia se asustó tanto que echó a correr sin esperar a decirle quién era.

—Me tomó por su ama de llaves —se dijo mientras corría—. ¿Qué pensará cuando sepa quién soy? Pero debo llevarle su abanico y sus guantes, si es que los encuentro.

Mientras decía esto, llegó a una pequeña y pulcra casa en cuya puerta había una brillante placa de latón con el nombre de W. Conejo. Corrió escaleras arriba con miedo de encontrarse con Ana y ser echada de la casa antes de encontrar el abanico y los guantes.

—¡Qué gracioso parece que tenga que hacer cosas para un conejo! Supongo que Dina me enviará a atenderla después.

Para entonces había llegado a una ordenada habitación con una mesa junto a la pared, y sobre ella, como esperaba, un abanico y dos o tres pares de pequeños guantes blancos de seda. Cogió el abanico y un par de guantes, y se volteó para salir de la habitación, cuando su vista se posó en una pequeña botella que había cerca. Esta vez no llevaba ninguna etiqueta con la palabra 'bébeme', pero Alicia se la llevó a los labios.

—Sé que cambiaré de algún modo si como o bebo algo; así que veré qué hace esto. Espero que me haga crecer de nuevo, porque estoy bastante cansada de tener este tamaño —se dijo.

Sucedió lo que ella deseaba, pues en poco tiempo su cabeza presionaba el techo con tanta fuerza que no podía mantenerse erguida. Dejó la botella apresuradamente y dijo:

—Es todo lo que necesito; espero no crecer más; tal como están las cosas no puedo salir por la puerta; ¡ojalá no hubiera bebido tanto!



Pero ya era demasiado tarde para desearlo. Creció y creció, hasta que tuvo que arrodillarse en el suelo; después siguió creciendo y no cabía, entonces tuvo que tumbarse. Siguió creciendo y creciendo hasta que tuvo que sacar un brazo por la ventana y un pie por la chimenea y se dijo a sí misma:

—Ahora ya no puedo hacer nada más, pase lo que pase —. No parecía haber ninguna posibilidad de salir de la habitación.

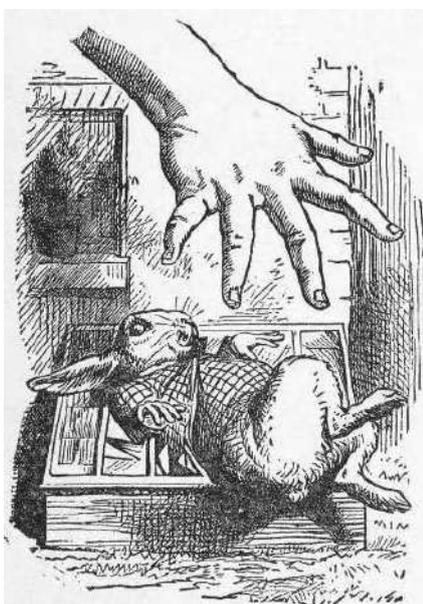
—Ojalá estuviera en casa —pensó la pobre Alicia—, donde no cambiaría tanto, y donde no tuviera que hacer cosas para ratones y conejos. Desearía no haber bajado a la madriguera del conejo, y sin embargo... ¡es divertida esta clase de vida! Cuando leía cuentos de hadas, creía que alguien los inventaba, y ahora yo misma estoy en

uno. Cuando crezca, escribiré un libro sobre estas cosas extrañas; pero ya crecí ahora —añadió en tono triste—, al menos aquí ya no hay lugar para crecer.

Oyó una voz fuera y se detuvo a escuchar.

—¡Ana, Ana! —dijo la voz—, tráeme mis guantes, ¡rápido!

Entonces se oyó el ruido de unos pies en la escalera. Alicia supo que era el conejo y que había venido a buscarla. Tembló de miedo hasta hacer temblar la casa. ¡Pobrecita! No se daba cuenta de que ahora era diez veces más grande que el conejo y que no tenía por qué temerle.



Pronto el conejo llegó a la puerta e intentó entrar, pero el brazo de Alicia lo apretó tan fuerte que la puerta no se movió. Alicia lo escuchó decir:

—Entonces daré la vuelta y entraré por la ventana.

—No lo harás —pensó Alicia; luego esperó a oír el conejo muy cerca de la ventana, extendió la mano e hizo un movimiento en el aire. No llegó a cogerlo, pero oyó un grito y una caída.

Luego llegó una voz furiosa, la del conejo:

—¡Pat, Pat! ¿Dónde estás? —Entonces una voz que era nueva para ella, dijo:

—¡Claro que estoy aquí! Buscando manzanas, su señoría.

—Buscando manzanas —dijo el conejo—. ¡Ven! Ven y ayúdame a salir de esto. Ahora, dime Pat, ¿qué es eso en la ventana?

—Seguro que es un brazo, su señoría.

—¡Un brazo, ganso! ¿Quién ha visto uno de ese tamaño? Pues ocupa toda la ventana.

—Claro que sí, señoría; pero es un brazo por todo eso.

—Bueno, no tiene derecho a estar ahí; ¡ve y sácalo!

Durante mucho tiempo parecieron quedarse quietos, pero de vez en cuando Alicia podía escuchar algunas palabras en voz baja, como 'Claro que no me gusta, señoría, en absoluto'.

—¡Haz lo que te digo, cobarde! —y por fin extendió la mano e hizo un arrebató en el aire. Esta vez se oyeron dos grititos.

—Me gustaría saber qué harán después. En cuanto a sus amenazas de sacarme, ojalá pudieran. Estoy segura de que no quiero quedarme aquí.

Esperó un rato, pero todo estaba en calma; por fin se oyó el ruido de las ruedas de un pequeño carro y el sonido de unas voces, de las que dedujo las siguientes palabras:

—¿Dónde está la otra escalera? No tenía que traer más que una; Bill tiene la otra. ¡Bill, tráela aquí, muchacho! Toma, súbelas aquí. No, átalas primero; aún no llegan ni a la mitad de la altura que deberían... oh, lo harán. ¡Aquí, Bill! Agarra esta cuerda. ¿El techo aguantará? Cuidado con esa pieza suelta. ¡Aquí viene, cuidado! ¿Quién hizo eso? Supongo que Bill. ¿Quién bajará por la chimenea? ¡No, no lo haré! ¡Hazlo tú! ¡Entonces no lo haré! ¡Bill tiene que bajar! Aquí, Bill, ¡tienes que bajar por la chimenea!

—Oh, así que Bill tiene que bajar, ¿no? —se dijo Alicia — Vaya, parece que todo el trabajo recae sobre Bill. No quisiera en el lugar de Bill; esta chimenea es pequeña, sin duda, pero creo que puedo patear algo.

Bajó el pie todo lo que pudo, y esperó hasta que oyó una pequeña bestia (no podía adivinar de qué clase era) que bajaba arañando y arañando por la chimenea, muy cerca de ella; entonces se dijo:

—Éste es Bill —dio una fuerte patada y esperó a ver qué sucedía a continuación.

Lo primero que oyó fue:

—¡Ahí va Bill! —y luego la voz del conejo:

—¡Atrápalo, tú, junto al cerco! —Entonces todo quedó en silencio, y luego algunas voces:

—Levántale la cabeza; agua, ahora; no lo ahogues; ¿cómo te fue, viejo amigo? ¿Qué te hizo subir tan rápido? Cuéntanoslo todo.



Por último, llegó una voz débil ('ese es Bill', pensó Alicia).

—Bueno, no lo sé, no sé; gracias, no estoy tan débil ahora, pero estoy demasiado conmocionado para decirles; lo único que sé es que una cosa vino hacia mí como un resorte, y yo subí como un cohete.

—Así es, viejo amigo —dijeron los demás.

—Debemos prender fuego la casa —dijo la voz del conejo, y Alicia gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Si lo haces, enviaré a Dina tras de ti!

Todo quedó quieto en un instante, y Alicia pensó:

—¿Qué harán ahora? Si tuvieran sentido común, quitarían el tejado.

Entonces escuchó al conejo decir:

—Una carga bastará para empezar.

—¿Una carga de qué? —pensó Alicia, pero no tuvo mucho tiempo para dudar, pues pronto una lluvia de pequeñas piedras entró por la ventana, y algunas de ellas la golpearon en la cara—. Voy a poner fin a esto —se dijo, y gritó— ¡Deténganse de una vez!

De nuevo todo quedó en calma.

Alicia vio que todas las piedras se convertían en pequeños pasteles mientras yacían en el suelo, y se le ocurrió una brillante idea:

—Si comiera uno de esos pasteles — dijo—, seguro que cambiaré mi tamaño de alguna manera; y como no puede hacerme más grande, espero que me cambie al tamaño que tenía antes.

Entonces se comió uno de los pasteles y se alegró de ver que la encogía muy deprisa. Pronto era tan pequeña que podía pasar por la puerta, así que salió corriendo de la casa y se encontró con un montón de bestias y

pájaros en el patio. El pobre lagarto, Bill, estaba en el medio del grupo, sostenido por dos cobayas que le daban de beber de una botella. Todos se abalanzaron sobre Alicia en cuanto salió, pero ella huyó como pudo, y pronto estuvo a salvo en un espeso bosque.

—Lo primero que tengo que hacer —dijo Alicia mientras caminaba por el bosque—, es volver a tener un tamaño adecuado; y lo siguiente es encontrar el camino a ese precioso jardín. Creo que éste es el mejor plan.

Era un buen plan, sin dudas, pero lo difícil era que no sabía en absoluto como empezar a llevarlo a cabo; y mientras miraba a través de los árboles, un ladrido agudo justo por encima de su cabeza la hizo levantar la vista a toda prisa.



Un gran cachorro la miró con sus grandes ojos redondos, estiró una pata e intentó tocarla.

—¡Pobrecito! —dijo Alicia en tono amable y se esforzó por demostrarle que quería ser su amiga, pero estaba un poco asustada, porque podría querer comérsela.

Alicia no sabía qué hacer, así que tomó un palo y se lo alcanzó al cachorro. Este saltó del árbol con un aullido

de alegría, como si quisiera jugar con él; entonces Alicia esquivó una gran planta que había cerca, pero el cachorro no tardó en encontrarla y se abalanzó de nuevo sobre el palo, pero cayó de cabeza en su prisa por agarrarlo. Por fin, para la alegría de Alicia, pareció cansarse del juego, corrió un buen trecho y se sentó con la lengua fuera de la boca y sus grandes ojos entrecerrados.

A Alice le pareció un buen momento para perderse de vista, así que se puso en marcha de inmediato y corrió hasta que se sintió cansada y sin aliento, y hasta que el ladrido del cachorro sonó bastante débil.

—Y, sin embargo, era un cachorro encantador —dijo Alicia, mientras se detenía a descansar y se abanicaba con una hoja—. Me hubiera gustado mucho enseñarle trucos, si hubiera tenido el tamaño adecuado para hacerlo. ¡Oh, cielos! ¡Tengo que volver a crecer! A ver, ¿cómo voy a hacerlo? Supongo que debería comer o beber algo, pero no sé qué.



Alicia miraba a su alrededor las matas de hierba, las flores, las hojas, pero no veía nada que le pareciera lo que debía comer o beber para crecer.

Había una gran seta cerca de ella, más o menos de la misma altura que ella, y cuando la hubo rodeado toda con la mirada, pensó que también podría mirar a ver qué había en la parte superior. Se estiró todo lo que pudo, y sus ojos se encontraron con los de una gran oruga azul que estaba sentada en la cima con los brazos cruzados, fumando una pipa con un largo mango que se doblaba y curvaba a su alrededor como un aro.